NOTAS

El Centenario de *Martín Rivas*

La publicación de *Martín Rivas* iniciada en *La Voz de Chile*, el diario de los hermanos Matta, el día 7 de mayo de 1862, se prolongó hasta avanzado ya el mes de julio. Poco después, la composición tipográfica, reservada para el caso, permitía la publicación del libro. Otoño e invierno, grandes fríos, odiosas lluvias que emporcaban las calles de la ciudad, y en medio de resfríos, estornudos y romadizos, a medias temperados con tazas de tilo y gruesas bufandas y mucho rebozo en las camisas, la única nota fresca y saludable era aquella novela, que hacía pensar e incitaba a leer. Decía Alberto Blest Gana, su autor, que habiendo sido suspendida alguna vez, por pocos días, la publicación, habían llovido cartas sobre los editores del periódico para pedirles que cuanto antes fuese reiniciada. La curiosidad de lo nuevo había comenzado a producir sus efectos. Martín Rivas, el héroe novelesco, iniciaba su carrera que acaba de cumplir cien años y a la cual, por lo tanto, podemos contemplar con la perspectiva que concede la historia.

Es evidente que en sus días la obra fue leída con el ánimo del fisgoneo, que lleva a dirigir miradas a las cartas ajenas y aun a atisbar tras los postigos entornados y las puertas entreabiertas de las casas. . .

La sociedad chilena es todavía muy poco complicada —decía, en 1860, José Victorino Lastarria. Los habitantes visibles de cada una de nuestras ciudades, incluso Santiago, la gran capital de cien mil almas, se conocen personalmente unos a otros. . .¹

¹ José Victorino Lastarria en su informe sobre *La aritmética en el amor*, fecha 2 de noviembre de 1860. Este informe puede leerse ahora en *Cien años de la novela chilena*, por Raúl Silva Castro, 1961, Santiago de Chile, pp. 29-35. El fragmento citado se lee a la p. 31.

Martín Rivas, claro está, mozo de pocos años, nacido en la provincia, no podía pasar inadvertido por su continente algo zurdo; y mucho menos desde el momento en que se fue a vivir a casa de su protector, don Dámaso Encina, que encaramado en sus millones y en tal cual blasón nobiliario, podía recibir de todos el epíteto que empleaba Lastarria: era *hombre visible*, y aun ostensible, y nada de lo que hiciera podía pasar en silencio.

Pero el que haya una clave en la novela y el que fuese ella, precisamente, la que la hizo popular en sus días, no tiene nada que ver con nuestro interés presente. No hay clave que dure cien años, y sin embargo, la vieja novela sigue conquistando lectores. Es posible que el crítico literario haya dicho sobre ella la última palabra, pero, ¿podría avanzarse lo mismo del sociólogo, del historiador de las costumbres, del moralista? Yo creo que no, y por eso aprovecho esta coyuntura del primer centenario de *Martín Rivas*, novela chilena, para recordar primero la fecha en sí, y además algunos de los lazos íntimos que guardan los chilenos de hoy con los de ayer, al través de las jugosas páginas de la novela.

Desde luego, nótese bien lo que digo: jugosas páginas, aun cuando no admiremos en ellas los mismos tesoros literarios que han hecho inmortal a Cervantes, sino otros, que son, por lo demás, los que corresponden a nuestro medio y a nuestro ambiente. Para probar que esas páginas merecen tales calificativos no tenemos sino que volver la mirada en torno. ¿Qué vemos? La sorprendente ciudad de cien mil almas, que tanto admiraba a Lastarria, cuenta hoy largo más de un millón, y el país mismo ha pasado ya de los ocho millones. La gente visible de ayer no tiene ya el monopolio de la curiosidad pública, y casi podría decirse que hoy antes que pavonearse, orgullosa, procura pasar inadvertida. En lo demás, todo sigue idéntico a lo de un siglo antes. Todos los años, miles de jóvenes salen de la provincia para irse a educar o cultivar en Santiago, corren aventuras, fracasan, surgen, se curten en las asechanzas de la batalla de la vida, aspiran, renuncian, siguen su camino, y mientras de entre esos miles no pocos quedan tirados a la orilla del sendero como despojos, otros triunfan y llevan a cabo sus ensueños. Esta migración interna, que renueva las fuerzas sociales de Santiago y de Chile, está representada a maravilla en el viejo y ya inmortal *Martín Rivas*.

Carácter saliente de *Martín Rivas* es también la forma dinámica en que el autor logra presentar la psicología de su héroe. Todo parecía llamado a contrariar este sesgo, que contribuye como ningún otro rasgo a dar ritmo a la creación. Martín Rivas aparece en la capital como uno de

tantos provincianos, cortos de palabras, respetuosos, algo aturrullados ante el despliegue de costumbres a que no estaban familiarizados en su provincia natal, y en los primeros capítulos de la novela así se mantiene, como si ligaduras invisibles le ataran el paso y el ademán. Pero una evolución se produce, y es en ella donde reside, al parecer, la gran fuerza moral de la obra. En contraste con el ambiente al cual se asoma, la fuerza anímica de Martín Rivas no se somete o abdica, sino que se enriquece. En sucesivos lances, el provinciano tímido y corto se convierte en ser astuto, que discurre a solas y que actúa con vigor irrefrenable cuando se ha convencido de que procede actuar. Prevé, se adelanta a los conflictos, resuelve situaciones difíciles, se compromete. No es ya títere que los demás mueven al través de hilos suspendidos en el aire, sino hombre recio, altivo, incapaz de seguir la norma ajena y apto, sin duda, para imponer la suya a cuantos le rodean.

El lector ve o vislumbra este tránsito, y se extasía ante los resultados. Más de una vez, seguramente, querrá que las peripecias se tornen más riesgosas, para ver cómo reacciona su héroe; y cuando advierte que éste no cesa ni se amilana, termina por tributarle el silencioso homenaje de su admiración. Martín Rivas no es sólo todo un hombre—como diría Unamuno—, sino que se hace hombre en la lucha, se retiempla y adquiere nuevas luces de la experiencia ajena y, sobre todo, de la propia.

Debe notarse, al paso, que hay países de inmigración donde este proceso renovado de adaptación social se cumple con gente de fuera, es decir, de otras nacionalidades, con cuya mezcla se forman tipos demográficos nuevos. Pero la actitud psicológica en un caso y en el otro es la misma. Siempre el que deja su tierra para afincarse en otra es un hombre bien bragado, a quien la novedad atrae, capaz de soportar hambre y frío, convencido de su propio valer, sin miedo al futuro ni a la vida misma, esencialmente optimista, pues presume que el día de mañana siempre será para él mejor que los ya pasados.

Si Martín es un emigrante de su provincia natal, y un inmigrante en la ciudad a que llega, ¿qué otras condiciones le será preciso poseer? La lectura de la novela va señalándolas una por una, en forma de lances o episodios, donde entran a obrar graves pasiones (el amor, el odio, los celos), ya mediocres y subalternos sentimientos (la envidia, la venganza), amasijo psicológico en medio del cual sólo el imperturbable Martín conserva la cabeza fría, tanto para sobrenadar él como para ayudar a que sobresalgan entre los demás aquellos que a su juicio lo merecen.

Este juego de alternativas es tan apasionante, aparece tan vivamente representado y encarnado en seres humanos semejantes a nosotros, que hoy, al cabo de cien años justos, nos sugiere que *Martín Rivas* apenas ha iniciado su carrera, y que en lo futuro seguirán los chilenos leyéndolo y admirándolo.

En sustancia, y a riesgo de anticipar observaciones que sería procedente reservar para más tarde, lo que suponemos es que en las facciones morales de *Martín Rivas* se reconocen algunos de los muchos jóvenes chilenos que emigran de su provincia para conquistar en Santiago algo que allá no podían lograr.

El *Martín Rivas* de 1850 llegaba a Santiago desde su provincia, donde su padre trabajaba en las minas, con la aspiración de estudiar leyes para obtener, en fin, el título de abogado. No era elegante. Las botas de becerro denunciaban su escasa noción del bien vestir, y en su indumentaria quedaban rasgos anticuados y rancios. Antes de matricularse en las clases, ya *Martín* hubo de aceptar que para no pasar al nivel de lo ridículo, en la capital era necesario vestirse bien. La vieja noción de que el hábito no hace al monje es tan errónea y tan absurda, a pesar de lo mucho que se la cita, que en todos los países de inmigración se ve por lo contrario, bien presentada a la gente. La adaptación del muchacho al nuevo ambiente comenzó, como era previsible, desde afuera.

Pero así como se reciben golpes, se dan. En las clases, rodeado de jóvenes que le miraban como a forastero, con abierta impertinencia de modales, *Martín Rivas* reveló su entereza, que a veces suele parecer simple altanería, al declarar que no toleraría lecciones sino de su profesor y en la materia de sus estudios. ¿Es verdad esto? Yo creo que no, y como me parece un error de *Blest Gana* y una falla en su obra y como estamos de balance, con motivo del centenario, no vacilo en decirlo. En la vida todos nos estamos indefinidamente reprendiendo y tachando, y aun sin quererlo damos lecciones, sin ser profesores, y consejos, inclusive no solicitados. Por lo demás, este altivo *Martín Rivas*, que tan gallardamente quería mostrarse frente a sus compañeros del Instituto Nacional, dentro de la propia novela, semanas después, va aceptando, como revela su conducta, los consejos de sus amigos y las lecciones, impalpables e invisibles, de quienes le rodean. La diferencia estriba sólo en la vía. Por la vía directa, haciendo uno de *magister* y el otro de aprendiz, es posible que el segundo se rebele; pero indirectamente, en forma alusiva y discreta, quien puede enseñar algo a los demás lo enseña, por mucho que se proponga conservarse en silencio y hacerse la mosca muerta.

Ya en esos primeros pliegos podemos ver, pues, que la vida es una lucha, una batalla, un combate, donde hay que exponerse y donde, en fin, el que no se arriesga no pasa el río, o, como decía Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, donde no se pueden pescar truchas a bragas enjutas.² Si Martín hubiera carecido de vitalidad, habría abandonado esa pugna; si hubiese confiado menos en sus fuerzas, habría abdicado. Pero si quienes dejan el suelo natal renuncian a algo, parece que lo primero a que renuncian es a la idea de retirarse del sitio al cual aspiran. De allí que, a veces, el que logra triunfar en su carrera, suela darnos la impresión de que está demasiado satisfecho de sí mismo, así como Narciso, el que se extasiaba contemplando sus bellas formas en las aguas de la fuente. Nadie ha visto a Martín Rivas pletórico, rodeado de sus hijos, muy rico, respetado, influyente, al cabo de varios años de matrimonio con Leonor Encina; pero es probable que los cabellos blancos le trajeran a él la impresión de que el haber tenido tales logros implicaba el ser, en algunas cosas por lo menos, infalible. De la personalidad afirmativa a la personalidad que mira de alto abajo al género humano, hay muy breve trecho.

Gran talento de novelista ha sido, pues, suspender su relato cuando para Martín comienza la vida de las responsabilidades, cuando se acaba de casar, cuando la etapa de la prueba y de los contrastes podía darse por terminada. De este modo, podemos suponer cambios, deslizamientos, en virtud de los cuales Martín no exagere demasiado la satisfacción de su propio triunfo y no se sienta envanecido al ver a sus pies, "en la gran capital", a unos cuantos seres que poco antes habrían ignorado fácilmente su existencia.

La bullente agitación juvenil que vemos en esta novela, con muchachos idealistas que se reúnen en la Sociedad de la Igualdad, con chicas de medio pelo, condescendientes y sumisas, con intrigas y carreras nocturnas, saraos y tertulias, con viejos que juegan malilla y tosen, y mujeres sentimentales que se creen incomprendidas de sus padres primero y de sus maridos después, esa existencia cuya escena física podemos seguir, paso a paso, en un plano de Santiago, es lo mejor que nos ha dado la novela chilena dada la época en que se compuso y atendida la dificultad de hacer relatos novelescos en esa hora harto prematura de nuestra evolución. En años sucesivos el material disponible ha sido más rico, y ha menguado, correlativamente, la posibilidad de que la novela

² Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, en sus Cartas dirigidas al Emperador Carlos V para darle cuenta de sus hazañas.

parezca indiscreta, y la emulación ha contribuido a aguzar los ingenios. Pero en su hora, hace justamente una centuria, pesadas las limitaciones del medio social, sicológico y literario, no se podía ir más lejos.

Por lo demás, debe notarse que ni siquiera la experiencia personal de las cosas, salvo detalles, iba en ayuda de Blest Gana. El no era provinciano sino santiaguino, de modo que nunca hubo de atravesar la ciudad como forastero o advenedizo, ni jamás pudo mirarla como una presa para su garra abierta por el apetito de triunfar. No vivió espolado por necesidades apremiantes, ni hubo de darse a conocer como alojado en casa ajena. Al revés de Martín Rivas, su existencia discurrió mansamente entre carriles tendidos de antemano, en un blando ambiente, lleno de sonrisas, donde quienes no eran tíos y primos suyos eran amigos desde la infancia. Fue él, primero, hijo de su padre, el doctor Blest, hombre visible en toda la extensión de la palabra, y en seguida, ya adulto, hombre de nota, porque era capaz de escribir, y efectivamente escribía para los periódicos y publicaba libros. Y este talento, aun cuando no proporcione todas las satisfacciones de la fortuna, equivale muchas veces a ésta y aun la supera, si quien lo lleva se aviene a entender que la vida no da siempre lo que promete, y en cambio entrega no poco que jamás prometió.

Frente al singular logro de esta novela, que al cabo de cien años de publicada disfruta de la misma popularidad de sus primeros días, cabe preguntarse asimismo si Blest Gana pretendió poner en ella sólo la vibración de la realidad inmediata, o si divisaba algo más entre los atributos de ésta. El problema no es, en absoluto, baladí. La crítica literaria está ya acorde en aceptar que con *Martín Rivas* la novela hispanoamericana da un gran paso de avance, porque se decide a olvidar la idealización postiza, para encarar el grave compromiso de representar, a lo Balzac, la vida común y corriente de los hombres reunidos en sociedad, sin ningún aderezo preconcebido. Hasta esos días, al revés, la novela se entendía como pretexto para consideraciones ajenas a la realidad cotidiana.

Pero que nuestro *Martín Rivas* haya instalado en las letras de este Continente la novela realista con todas sus exigencias, no impide que además para los chilenos, para los de casa, si recordamos que el autor fue nuestro compatriota, contenga un poderoso símbolo, una vasta alegoría, lo que, a su vez, implicaría que el autor descubrió al través de la maraña de la realidad, sutiles contactos de espíritu en que afloran las

potencias de la raza y se perfilan algunos de los contornos psicológicos más permanentes y constantes de ésta.

La alegoría no es otra que la plena incorporación de Martín, joven provinciano probo y austero, en un mundo más vasto y más exigente que el de su terruño, mundo donde él da a conocer, con renovada eficacia, luces y talento que le llevan a triunfar, con todo lo cual el autor sugiere que en un país centralizado, como Chile, es en la capital de la nación donde debe ir a buscar el riesgo y la ventura aquél a quien el ambiente casero y sosegado de la provincia asfixie. Y la verdad de esta alegoría nos la prueba el hecho de que la capital, Santiago de Chile, está llena de provincianos, que en su hora se sintieron otros tantos Martín Rivas; y que si bien no todos han colmado sus ambiciones con tanta plenitud como su héroe prototípico, ni expandido su personalidad tan audazmente como pudieron soñar en días juveniles, todos, en cambio, han asegurado su pitanza en ámbito menos estrecho que el de los orígenes.

Yo no tengo el honor de ser provinciano, y en consecuencia me crié, como Blest Gana, dentro de un ambiente blando, suave, paternal, que exige poquísimo a sus criaturas. Pero, en cambio, empedernido admirador del mérito ajeno, he tratado a varias docenas de jóvenes en quienes más de una vez descubrí el aliento de Martín Rivas, sea porque, de pronto, en una conversación trivial dejaban ver un ala capaz de encumbrarse y de encumbrarlos, sea porque era una garra tenaz, si bien a veces forrada de terciopelo, la que asomaba, sin querer ellos, en el extremo de un brazo tendido a lo alto. Y a todos los he admirado, pues creo que todos han contribuido y contribuyen a sostener la vida chilena en el nivel de tensión espiritual que va conquistando.

Con el aliento de Martín Rivas se forjan hombres recios, de temple moral elevado, a quienes las asechanzas de la vida no amilanan. En la fragua se funden igualmente piezas grandes y pequeñas, engranajes llamados a dar vueltas incansablemente y ejes que soportan sin chistar fuertes presiones, pero de todas puede igualmente decirse que revelan la nobleza del material de origen y la rectitud del proceso forjador. No es la molicie la que remonta, sino la adversidad. En un camino llano se corre, sin duda, más velozmente; pero el músculo juega mejor, se ensancha, se fortifica, cuando la superficie no es lisa, sino montuosa, y cuando hay que sortear baches y durezas. Quien corre por esta pista dura, fatigosa, extenuante, llega más tarde, pero alcanza la meta con una carga de experiencia a que jamás puede aspirar el otro, el corredor de pistas suaves.

Si en Chile los poderes públicos no vivieran, por tradición, tan divorciados de las letras, a las alturas de los cien años de existencia de esta notable novela podría auspiciarse que de ella se hiciese una prolija y elegante edición nacional, corregida, en la cual se consideraran las variantes y las erratas que debieron producirse en las anteriores, por la precaria impresión inicial, a fin de que el libro adquiriera una forma fija, *ne varietur*, que hiciese autoridad de una vez para siempre.

Pero todo esto es utópico. En Chile las letras viven como pueden, batiéndose en retirada, pidiendo de limosna un sitio para prosperar, y desde las alturas no les llega jamás una mirada auspiciosa. Es verdad que existe el Premio Nacional de Literatura; pero en cambio, no hay ediciones nacionales de las obras. Es decir, se galardona al hombre, se le da un diploma para que lo cuelgue en el salón de su casa, se le entregan unos pesos para que componga por un año su averiado presupuesto; pero nada se hace por su producción. Ni se publican los escritos inéditos, ni se recogen páginas fragmentarias y dispersas, ni se reeditan los libros agotados.

El haber cumplido cien años de existencia *Martín Rivas*, novela leída por toda suerte de lectores, nos prueba, de una parte, que es la novela chilena un órgano representativo de la vida nacional, en que podemos buscar nociones acerca de lo que es el chileno como entidad psicológica y moral; y nos convence, de otra, de que la tradición literaria que nace, llamada a acrecentarse con nuevos hechos cada día, que terminará por ser una escuela destinada a encauzar la individualidad de los escritores del futuro, tiene allí en esa novela, uno de sus fundamentos más sólidos. Las hay muy bien escritas, pero frías; las hay más alegres, con más personajes que entran y salen, pero suelen ser, en rescate, superficiales. Aquí, en cambio, en la ya centenaria *Martín Rivas*, se dan equilibradas las proporciones, sólida y simple la arquitectura, todo ello hasta el extremo de que los cambios de sensibilidad apenas han afectado la boga de esta novela singularísima, donde el pueblo chileno, como en la pulida lámina de un espejo, puede contemplarse cuando necesite comprobar su identidad, que sobrevive a casi todas las mudanzas acarreadas por el tiempo.

RAÚL SILVA CASTRO

Tulane University